

pasado en medio de una sociedad que tiene otras ideas, otros sentimientos y otras necesidades, es querer una cosa absurda, es estrellarse contra la imposibilidad: el ultramontanismo conduce al cristianismo á una pérdida inevitable, y los hombres

que participan de nuestras opiniones ó de nuestros deseos quieren salvar del cristianismo lo que puede salvarse. La lucha, pues, existe entre un cristianismo inmóvil y un cristianismo progresivo; para nosotros no es dudoso el resultado.

LIBRO PRIMERO.

EL PONTIFICADO Y EL IMPERIO.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA UNIDAD DE LA EDAD MEDIA.

§ I.—El papa y el emperador.

En el décimo siglo, el mundo parecía disolverse y se sentía morir; las tres grandes monarquías que aspiraban al dominio de la tierra estaban en decadencia: la unidad carlovingia se desmembraba en un número infinito de pequeñas soberanías; el califato es víctima de una horrible anarquía; los Bárbaros acudían para repartirse los despojos; el imperio de Constantinopla, conservando sus soberbias pretensiones, se defendía trabajosamente de las hordas asiáticas unidas en cruzada, y en vista de esta disolución universal, los hombres se creían en vísperas de la consumación final; pero el año 1000, tan espantosamente temido, pasó y no se acabó el mundo; lo que parecía la muerte no era sino el paso de un antiguo orden de cosas á un orden nuevo. La Edad Media se abrió, y en apariencia se entregó á la división; pero reapareció la unidad, más profunda aún que se la había imaginado; la religión es el más fuerte de los lazos y formó la base, una religión revelada por Dios que debía extenderse á la humanidad entera; sin embargo, la unidad cristiana, aunque sea un progreso respecto á la antigüedad, no es la forma defini-

tiva sobre la cual deba organizarse el género humano; no tiene más que una misión y la cumple; los pueblos en tanto se desprenden del papado y del imperio para caminar, bajo la protección de Dios, hácia una unidad más perfecta.

La unidad es el fin hácia el cual tienden los hombres desde los primeros orígenes de las sociedades humanas; en la antigüedad, la necesidad instintiva impulsa los pueblos á engrandecerse por las armas; no hay conquistador que no aspire al imperio del mundo. Los últimos en esta sangrienta carrera parecen realizar la ambición de la monarquía universal. Los emperadores romanos se llaman dueños del universo, y no es extraño que se les divinice, porque pretenden ejercer un poder que no pertenece más que á Dios, la soberanía; reúnen en su mano el poder civil y el religioso; son grandes pontífices y Césares; pero estos usurpadores de todo poder divino están á tal altura, que el vértigo se apodera de ellos: quieren ser dioses y se convierten en monstruos. La humanidad habría perecido bajo el despotismo imperial, y Dios envía, para quebrantarle, á Jesucristo y los Bárbaros.

El cristianismo reivindica para sí el poder que los emperadores ejercían á nombre de falsos dioses; y colocando la cruz sobre los estandartes de las legiones, Constantino abdica la más alta de las prerogativas. La Iglesia, que estaba confundida en el Estado, se separa de él; depositaria de la verdad revelada por el hijo de Dios, á ella pertenece el imperio de las almas. Esta Iglesia invisible toma un cuerpo y se concentra en una unidad aún más fuerte; el obispo de Roma se pone á la cabeza de la cristiandad, como sucesor de San Pedro, á quien Jesucristo mismo confió sus poderes. El papa es colocado al lado del emperador: á uno corresponde el poder espiritual, al otro el poder temporal; á ellos dos el imperio de la tierra (1); procediendo el uno y el otro de Dios, son llamados á gobernar de concierto el mundo cristiano (2).

Tal es el primer gérmen de la unidad de la Edad Media; la unidad antigua está rota; el emperador se ha duplicado, por decirlo así, reconociendo á su lado un igual de sí mismo, compartiendo á título igual el gobierno del mundo; la armonía de los dos poderes es el ideal: ¿cómo se mantendrá la concordia? Hay dos soberanías una frente á otra, y nada es tan invasor como un poder soberano; se ve ya que la lucha germina dentro de la unidad cristiana; mientras que el imperio romano subsiste, el emperador se sobrepone; el papado no está constituido; no es él, sino la aristocracia episcopal quien representa á la Iglesia, y este cuerpo de mil cabezas recibe la influencia del poder que reparte las gracias y que da el poderío. Después el emperador tiene por conveniente hacerse cristiano, siendo pagano por naturaleza; el paganismo inspira siempre al nuevo convertido; el jefe del imperio conserva veleidades de soberano pontífice y usurpa sin cesar el poder espiritual de la Iglesia; el papa corre el riesgo de venir á ser un instrumento del emperador, y la Iglesia, lejos de dominar, pierde su independencia.

Entre tanto la Iglesia tiene un principio de su-

(1) El papa GELASIO escribió al emperador Anastasio (c. 10. *Distinct. XCVI*): «Duo sunt quibus principaliter hic mundus regitur, auctoritas sacra pontificum et regalis potestas.»—FULGENTIUS, *De veritate prædestinationis et gratiæ*. «Quantum pertinet ad hujus temporis vitam, in Ecclesia nemo pontifice potior, et in sæculo christiano imperatore nemo celsior invenitur.»

(2) JUSTINIAN., *Nov. VI*, pr.: «Maxima quidem in hominibus sunt dona Dei a superna collata clementia, sacerdotum et imperium, et illud quidem divinis ministrans, hoc autem humanis præsidens... ex uno eodemque principio utraque procedentia...»

perioridad que debe acabar por asegurarla la preeminencia sobre el poder rival del Estado: toma sus derechos de Dios mismo, y Jesucristo se ha encarnado en ella; los que la representan tienen una aureola divina ante la cual palidece toda la magnificencia de este mundo; órgano de Cristo y gobernando las almas, ¿cómo no había de vencer á un poder que, después de todo, no domina más que el cuerpo, es decir, lo que hay de más vil en el hombre? Cuando estas ideas echen raíces, el papa dominará al emperador; en tanto es preciso que la antigüedad se desplome, porque los Césares romanos no se doblegaron jamás ante el obispo de Roma. Mas hé aquí que llegan los Bárbaros, y por ellos, más que por los Griegos y Romanos, predica Jesucristo la buena nueva; su destino y el de la Iglesia están ligados por un lazo íntimo; la Iglesia es llamada á moralizar á los conquistadores del imperio y á iniciarlos en la vida intelectual; para llenar esta alta misión, debe reinar sobre los pueblos semi-salvajes salidos de los montes germánicos. Los Bárbaros concurren á los designios divinos, elevando el poder que debe regirles y fundando y propagando el catolicismo. El más grande de sus reyes pone su poderío al servicio de la Iglesia; Carlo-Magno prepara el papado; reaparece la idea de unidad bajo una forma más cristiana que la del imperio romano: es el papa el que restablece el imperio de Occidente; el imperio tiene, pues, un carácter religioso, y no procede ya de la conquista, sino de la unificación del soberano pontífice; su vocación es la de defender la Iglesia, que es una y tiene por órganos el papa y el emperador (1).

La unidad carolingia no es más que un bosquejo de la unidad cristiana, siendo siempre el Estado el que domina á la Iglesia, estrando el papa bajo la dependencia del emperador y disputándole la soberanía religiosa la aristocracia episcopal, puesto que el mundo no siente todavía la necesidad del pontificado. Pero la unidad carolingia se disuelve; el episcopado se muestra impotente para llenar la misión que Dios ha dado á la Iglesia; y en lugar de gobernar á los Bárbaros, es él quien sufre la ley del poder temporal, y el poder temporal en esta época es la fuerza bruta. Desaparece

(1) *Capitular.*, v. 319: «Principaliter itaque totius sanctæ Ecclesiæ corpus in duas eximias personas, in sacerdotalem scilicet et regalem, divisum esse novimus.»

toda idea de orden, de unidad y armonía; la anarquía y la corrupción de la sociedad civil invaden la Iglesia, que ve amenazada su misma existencia; y si es absorbida en este caos universal, ¿qué sucederá á la civilización, de la cual es la única representante? En este supremo peligro aparece el pontificado, salvándose la Iglesia por los papas, con el porvenir de la humanidad: la unidad cristiana se funda.

El pontificado toma sus poderes de Jesucristo; y como sucesores de San Pedro, los jefes de la Iglesia se encargan del cuidado de las almas en toda la cristiandad; por lo mismo imperan sobre las almas y reinan sobre los cuerpos; su poder, esencialmente espiritual, no pretende absorber al poder temporal, pero tiene el derecho de mandar sobre él tan pronto como convenga al interés de la Iglesia. El papa reconoce al emperador como jefe temporal de la cristiandad, siendo el papa el alma y el emperador el cuerpo de la Iglesia. La armonía de los dos poderes forma la unidad cristiana, como la del alma y del cuerpo constituye la vida del hombre; el sacerdote y el rey están unidos en la persona de Cristo, y el papa, en unión y concordia con el emperador, son la imagen de esta unidad misteriosa, de suerte que se encuentra al rey en el pontífice y al pontífice en el rey: la unión del papa y del emperador asegurará la justicia, la armonía y la paz (1).

El ideal de la unidad cristiana es reconocido por el emperador como por el soberano pontífice; los papas comparan los dos poderes á dos astros: el pontificado al sol y el imperio á la luna; y los emperadores aceptan este símbolo, por más que implique una inmensa inferioridad para los órganos del poder temporal. El emperador Federico II dice á los pueblos cristianos en su manifiesto: «Al crear Dios el mundo, colocó dos astros en el cielo: el sol para alumbrar el día, y la luna para lucir en la noche; cualquiera que sea su movimiento, aunque parecen mirarse de costado, no se chocan jamás; y, lejos de herirse, el más grande comunica su luz al más pequeño; del mismo modo la Providencia ha puesto sobre la tierra dos poderes, el sacerdocio y

el imperio: el uno para el cuidado de las almas y el otro para la protección exterior, á fin de que el hombre, atraído y seducido por sus pasiones, sea retenido por este doble freno; así desaparecerá el desorden y reinará la paz por todo el mundo.» (1). Puede, sin embargo, surgir disensión entre los dos poderes; el papa y el emperador son hombres, y los hombres no siguen una órbita invariable como los cuerpos celestes. En el ideal de la unidad cristiana, el desacuerdo debe resolverse por el papa, que tiene el derecho de mandar al emperador como el alma al cuerpo, porque el imperio no es, en definitiva, más que el brazo armado de la Iglesia (2).

§ II.—Apreciación de la unidad cristiana.

Tal es la unidad cristiana: un Dios, un papa, un emperador (3). Los partidarios del pontificado y de la Edad Media ven en esta unidad un ideal que echan de ménos y que querrian resucitar. La escuela teocrática representa el imperio cristiano como «la reunión de todas las soberanías en una especie de república universal, bajo la supremacía mesurada del poder espiritual supremo.» (4); admira en los anales de la Edad Media «uno de los más bellos espectáculos que han ofrecido las sociedades humanas: el de un mundo que no reconoce más que una sola religión, no obedece más que á una sola ley, y no forma, de esta suerte, más que un solo imperio gobernado por un mismo jefe, que habla en nombre de Dios, y cuya misión era hacer reinar el Evangelio sobre la tierra.» (5). Ella sublima el santo imperio romano como «un sistema admirable de unidad que ofrece en su conjunto la más bella y la más profunda aplicación que el mundo haya visto aún de los principios del derecho á la constitución política de la sociedad.» (6). Los poetas, atraídos por la gran idea del papado, celebran el trono pontifical como una magnífica institución (7). La ilusión ha alcanzado hasta á los enemigos del

(1) PETR. DE VINEIS, *Epist.* I, 31.

(2) S. BERNARDO, *de Consider.* IV, 3: «Uterque ergo Ecclesiæ et spiritualis scilicet gladius et materialis; sed is qui tenet pro Ecclesiæ, ille vero et ab Ecclesiæ reverendus; ille sacerdotis, is militis manu, sed sane ad nutum sacerdotis et jussu Imperatoris.»

(3) Estas son las palabras de Federico Barbaroja (RADEVICUS, II, 56, en MURATORI, *Scriptor.*, t. VI, p. 883).

(4) DE MAISTRE, *Del Papa*, lib. II, c. X.

(5) MICHAUD, *Hist. de las cruzadas*, lib. XIII.

(6) LAMENNAIS, *Cuestiones políticas y filosóficas*.

(7) CHATEAUBRIAND, *Genio del cristianismo*.

(1) Estas son las palabras del cardenal DAMIANI, el amigo de Gregorio VII (*Opuscul.* IV, t. III, p. 30): «Utraque dignitas regalis, scilicet et sacerdotalis, sicut principaliter in Christo sibi invicem singularis sacramenti veritate connectitur, sic in christiano populo mutuo quoque sibi federe copulatur (C. *Epist.* VII, 3, t. I, página 111).

catolicismo, porque los espíritus místicos se encuentran naturalmente mal en el desgarramiento actual del mundo, y se inclinan á echar de ménos la unidad rota por Lutero, creyendo que la humanidad está desviada del camino de Dios y que la única condicion de salvacion consiste en volverla á llevar á la fe de la Edad Media, al papa y al emperador (1).

Nosotros no podemos aceptar la vuelta del pasado como condicion de perfeccion; lo hemos dicho á menudo y lo diremos aún: el ideal no está detras de nosotros, sino delante; ¿cómo se explica que almas elevadas y nobles inteligencias se obstinen en querer resucitar formas muertas? Comprendemos que el presente no les satisfaga del todo; época de transicion, la sociedad ofrece todas las apariencias de anarquía y disolucion; es un espectáculo que tiene poco de seductor para los espíritus que sienten la necesidad de la unidad y de la armonía; los sinsabores de este estado social les impulsan á sublimar y echar de ménos lo pasado; así es que, cuando se examina de cerca este ideal, se le encuentra imaginario; hay más: si el ideal fuera realizable, sería preciso rechazarle como un atentado á la libertad de los individuos y á la independencia de las naciones. Dejemos los desvarios á un lado, y veamos lo que era el hecho de la unidad en la Edad Media. ¿Que es el imperio? ¿Qué el pontificado? Y ¿cómo un cuerpo de dos cabezas, ser contra naturaleza, ha podido formar la unidad?

N.º 1.—El imperio.

El imperio es un legado de la antigüedad pagana (2); Roma se creía dueña del mundo, y el primer espectáculo que sorprendió á los Bárbaros fué la magnificencia de la unidad romana. Esto era para ellos un verdadero ideal que querían aplicar en su provecho; una idea cristiana viene á juntarse á la idea antigua; el papado es el que restablece el imperio, colocando la corona imperial sobre la ca-

(1) Tal es el ideal religioso del romanticismo alemán. NOVALIS lo ha cantado. F. SCHLEGEL lo ha formulado en sus lecciones sobre la Filosofía de la Historia (lec. 12).

(2) Aunque la Edad Media consideró al emperador como vicario de Jesucristo, tenía conciencia de su origen pagano. El Espejo de Sajonia dice que el imperio comenzó en Babilonia y pasó despues á los Persas. Alejandro venció á Darío y dió el imperio á los Griegos, que lo conservan hasta que Roma se apodera de él, reservándose el poder temporal y recibiendo para el papa el poder espiritual: hé aquí por qué Roma se llama la capital del mundo (SACHSENSPIGEL, III, 14, § 1).

beza de Carlo-Magno; el imperio no es ya más que un hecho brutal, producto de la fuerza y reinando por la fuerza, sin otro fin que la satisfaccion de pasiones egoistas. El papa encarga á Carlo-Magno la mision de proteger la santa sede y la Iglesia; pero ennobleciendo el cristianismo el sistema antiguo de la monarquía universal, no pudo borrar lo que tenía de violento en su origen; volviéndose cristiano, no prescinde de su naturaleza guerrera y conquistadora. El imperio de Occidente está formado de la mezcla de dos ideas contrarias, llamándose *romano* y *santo*; pero la santidad no es más que una capa para cubrir su cuerpo *pagano*: el elemento romano domina sobre el cristiano.

Apénas restablecido el imperio de Occidente, se descompone despues de la muerte de Carlo-Magno, dando lugar la unidad carlovingia á una espantosa confusion. La Alemania se separa de la Galia francesa, y el papa da la corona imperial á principes italianos; pero estas sombras de emperadores no tienen fuerza más que para tiranizar á la Iglesia, y los obispos de Roma se ven obligados á buscar apoyo al otro lado de los montes. La raza sajona, fuerte é invasora, ocupa el trono de Alemania; Othon pasa los Alpes y agrega la corona imperial al reino germánico; se reconstituye un imperio, el de *Alemania*, y descansa sobre la posesion de la Italia, cuya bella conquista da el prestigio á la *corona de oro*. Hé aquí lo que es en su principio el nuevo imperio; siempre una idea de grandeza y de dominacion; un vago sentimiento de superioridad mezclado á la ambicion de los reyes de Alemania; dueños de la Italia y de Roma, se creen herederos de los Césares; los legistas dan á estas pretensiones la autoridad del derecho; proclaman al emperador señor del mundo, y el orgullo de los emperadores romanos se convierte en un título jurídico; en apariencia, ésta es la monarquía universal, tal como los conquistadores la han soñado.

Veamos á estos reyes del mundo en sus obras: la base de su poder está en Alemania y en Italia; una por la raza, Alemania es dividida en tribus hostiles, y las usurpaciones del feudalismo encuentran con esto ocasion favorable para sus rivalidades: los duques aspiran á la independencia, y hacen del reino una monarquía electiva; el rey no tiene más poder que el que ellos le prestan, y se le rehusan en virtud de las volubles pasiones que agitan estos tiempos de violencia. En Italia, el empe-

rador tiene ménos poder aún; la union de Italia con Alemania es una union contra naturaleza, siendo la diferencia de raza un obstáculo más grande que las montañas que separan los dos países. Los Italianos detestan á los Alemanes como á Bárbaros, y cada coronacion es una nueva conquista; los emperadores reciben la corona espada en mano, y apénas repasan los Alpes, cuando ya Italia se olvida de que tiene un emperador y es de hecho independiente, quedando el imperio reducido á una pretension. Los más poderosos reyes de Alemania, los heroicos Hohenstaufen, quieren hacer del reino de Italia una realidad, pero sucumben bajo el genio de la libertad. Sin poder en Alemania, y no gozando en Italia más que de derechos dudosos, ¿cómo el emperador había de tener supremacía sobre el resto de la cristiandad? Los reyes sufren el ascendiente de la majestad imperial, reconociendo su procedencia, sin tener inquietud alguna por los pretendidos títulos del emperador á la dominacion del mundo; la autoridad de los Césares que los legistas han querido resucitar es una tésis que se sostiene en la escuela, pero que no tiene ninguna influencia fuera de las clases ilustradas. El mundo ignora que hay un emperador; el imperio ni se revela por sus beneficios ni molesta por su opresion; es una palabra. ¿Se quiere saber adónde alcanza la autoridad imperial? Sigase á Carlos IV á Roma: corónalo el papa á condicion de que no permanecerá más que veinticuatro horas en la Ciudad Eterna, y el rey del mundo se encuentra en la imposibilidad de pagar las deudas que contrae por su manutencion, y se deja detener por un carnicero. Que, despues de esto, la cancillería alemana mantenga sus soberbias pretensiones, no hace más que añadir un capitulo más al gran libro de las vanidades humanas.

El elemento romano del imperio de Alemania es un título á la monarquía universal; pero falta la fuerza á los emperadores para hacer valer esta magnífica herencia. Los que han sido poderosos lo fueron por su genio. Al elemento romano se mezcla, desde el restablecimiento del imperio, una idea cristiana; Carlo-Magno es coronado por el papa para ser protector de la santa sede, se dice á sí mismo llamado á defender la Iglesia, siendo casi papa; este poder disminuye en manos de sus débiles sucesores; pero queda siempre la idea de que el emperador es uno de los jefes de la cristiandad:

el papa tiene el poder espiritual y el emperador el temporal. Si esta idea hubiera echado raices, el emperador hubiera tenido un elemento de poder mucho más fuerte que el que tenía en la antigua Roma; como jefe temporal de la Iglesia, su autoridad se extiende á toda la cristiandad; todos los pueblos cristianos, aunque divididos en Estados separados, no forman más que un cuerpo; la paz, el orden y la justicia deben reinar entre esta gran familia, así como en los Estados particulares; el emperador es el lazo de los pueblos, el guardia de la paz, la fuente de la justicia, y de este modo se realizará en el seno de la sociedad cristiana la idea del derecho.

Tal es el elemento cristiano del imperio de Alemania; hé aquí por qué se califica de *santo* imperio (1). ¿Quién no ve que este ideal es una quimera? El papa ha intervenido en la Edad Media para mantener la paz entre los reyes; mas ¿cuándo ha usado el emperador del poder moderador que se le reconocía como jefe de la cristiandad? Este poder es una palabra vacía de sentido. El santo imperio no tiene más que una doctrina, una hipótesis cristiana, que no penetra en la conciencia general, porque no es realizable; el emperador es la ley viviente sobre la tierra; la ley tiene necesidad de sancion, y la sancion, cuando la ley encuentre resistencia, no podría ser más que la fuerza. ¿Y dónde emplearía el emperador la fuerza para imponer el respeto del derecho á los pueblos cristianos, separar los combatientes y mantener el orden y la paz? Esta fuerza debería ser inmensa, en razon de la extension de la cristiandad, y habría debido abrazar al mundo entero; recaemos, pues, en la monarquía universal, y la monarquía universal, léjos de ser una garantía del derecho y de la paz, sería la tumba de la humanidad.

N.º 2.—El papa.

En apariencia, el papado posee los elementos de una dominacion universal. El papa es el órgano de la Iglesia y el representante de Dios sobre la tierra; su autoridad se extiende tanto como la de

(1) El imperio de Alemania se llama *sanctum imperium* y el emperador *Sacra Majestas* (PÖTTERI, *Jus publicum mediæ ævi*, páginas 92, 93).

Cristo, y se reconoce, porque se funda en la fe cristiana universalmente admitida: pueblos y reyes bajan la cabeza ante el sucesor de San Pedro; pero el papado tiene en sí mismo un germen irremediable de debilidad; su poder no es más que espiritual; mas ¿cómo hará aceptar su imperio á hombres violentos en un tiempo en que reina el derecho del más fuerte? Enseña, sin embargo, á los reyes que deben ser el brazo armado de la Iglesia, y entre estos reyes, escoge para sí un protector á quien da la corona imperial para que sea el defensor de la santa sede; pero esta fuerza en que el papado se apoya es una fuerza exterior, que es extraña y que tiende fatalmente á volverse enemiga. Emperadores y reyes, reconociendo el derecho divino de los papas, sienten instintivamente que este poder les absorberá si no lo resisten, y se disponen á resistirle. ¿Qué va á ser entonces de la unidad cristiana? Una continuada lucha, pues jamas, en ninguna época de la Edad Media, fué una realidad la unidad del papa y el emperador; jamas los papas, ni aun los más grandes, han disfrutado de un poder incontestable. El papado, tal como le conciben los Gregorios y los Inocencios, no es más que una utopía.

Gregorio tiene un emperador á sus piés; ¿es por esto dueño del mundo cristiano? La mitad de la cristiandad se le escapa, y hé ahí la unidad católica rota, y rota para siempre. En Occidente, ¿es el poder del papa tan considerable como se le pudiera creer viendo á Enrique IV en Canosa? Gregorio depone á Enrique IV, y los príncipes alemanes obedecen y eligen nuevo rey; pero ceden al ascendiente del papado, ó más bien, sacian su odio antiguo haciendo de la excomunion un arma contra su enemigo; si la excomunion abraza á Alemania, es porque el rayo cae sobre materias combustibles. El papa, que parece todopoderoso en Alemania, se ve forzado á contenerse, á moderarse y aun á volverse atrás cuando encuentra en el trono un hombre fuerte y de genio: en Inglaterra, Guillermo el Bastardo es jefe de la Iglesia aún más que Gregorio VII, y el papa, que mira como sus vasallos á todos los reyes, no está seguro de su vida en Roma, y casi la Italia entera se pone en su contra (1), y muere en el destierro lejos de

(1) GREGORIO mismo, cuando habla de Enrique IV, dice: «*Cui ferre omnes Italici favent*» (Epist. IX, 3).

la Ciudad Eterna; la gran querrela que levantó de la investidura acabó por una transacción, en que el papado queda obligado á abandonar la pretension de Gregorio VII.

La guerra vuelve á comenzar con la casa de Suabia; el papado vence; pero después de diversas aventuras, su victoria es el principio de su decadencia; y á pesar de la fuente divina de su poder, no tiene la monarquía papal la estabilidad que caracteriza á las monarquías temporales, pasando súbitamente, de todo su poderío, á una extrema debilidad. Alejandro III sale vencedor de la lucha contra Federico Barbaroja y Enrique II de Inglaterra, y sus sucesores inmediatos se ven obligados á huir de Roma. Bajo Enrique IV, el papado casi se anula, porque el emperador es más poderoso en Roma que el papa. Inocencio III lleva la dominación papal á su apogeo; pero ya el fundamento de esta dominación está conmovido; el espíritu no es exclusivamente cristiano, y surgen nuevos intereses que vencen las preocupaciones religiosas. Inocencio emprende una cruzada; y en lugar de ir á rescatar el sepulcro de Cristo, van los cruzados á Constantinopla, inspirados en el comercio y no en la religión. Otro elemento de la humanidad se vuelve contra el pontificado, las nacionalidades. Gregorio IX excomulga á Federico de Prusia; pero ya no deben tener tanta fuerza los rayos romanos, porque los príncipes de Alemania y los mismos príncipes de la Iglesia se ponen de parte del emperador. La opinión pública va siendo cada vez más hostil al papado, desvaneciéndose la veneración por el sucesor de San Pedro, y voces salidas de la Iglesia le comparan á un lobo raptor, al Antecristo; ¿qué importa después de esto que el último de los Hohenstaufen muera en el patíbulo? El papado se venga, pero pierde la base de su poder; la opinión pública se pronuncia contra él, y el sentimiento nacional es quien da la victoria á Felipe el Bello sobre su fiero adversario. Bonifacio VIII lleva á sus últimas consecuencias la doctrina de la monarquía papal, queriendo reunir los dos poderes, esto es, ser papa y emperador; estas excesivas pretensiones caen ante la unánime oposición de la Francia, que reclama para su rey la independencia y la soberanía. El papado se encuentra acorralado, y no tiene más medio de sostenerse que volver á buscar el apoyo de los reyes á quienes había intentado dominar.

N.º 3.—Por qué no se ha realizado la unidad.

El imperio no es más que un poder imaginario. El pontificado, poder más real, reina moralmente en la Edad Media, y pone por cierto el pié sobre las cabezas de los reyes; esto no obstante, la monarquía papal no ha sido nunca más que una pretension, una lucha; y si no, ¿por qué no se ha realizado nunca la unidad cristiana? Porque el ideal, tan echado de ménos por los ciegos partidarios de la Edad Media, es falso; la unidad cristiana es un dualismo que implica la division y la guerra; se concibe la unidad bajo la forma que habia tenido en el mundo antiguo; siendo la soberanía una por su naturaleza, indivisible, los Césares, expresion de esta soberanía, reunian en sus manos el poder religioso y el civil, mientras que la unidad cristiana divide la soberanía en poder espiritual, que pertenece al papa, y temporal, que corresponde al emperador; esto es un cuerpo con dos cabezas, cada una de las cuales quiere absorber á la otra. Dos monarquías universales existen á la vez; el papa tiende á ser emperador, y éste á ser papa; y tan cierto es que ha habido emperadores que dominaban sobre la Iglesia, y papas que han mandado á los reyes; la tendencia á la invasion estaba en la fuerza de las cosas. En efecto, la repartición de la soberanía entre el papa y el emperador dividía lo que es indivisible, el alma y el cuerpo, lo espiritual y lo temporal; el hombre es todo junto cuerpo y alma, y todos sus actos son á la vez espirituales y temporales; un acto exclusivamente material sería el hecho de un sér desprovisto de razon, y un acto exclusivamente espiritual sería el hecho de un espíritu puro, de un sér sin cuerpo; puesto que lo espiritual y lo temporal son indivisibles, aquel que impere sobre lo espiritual será forzosamente llevado á gobernar lo temporal, y el que tenga en su mano el poder temporal tratará inevitablemente de usurpar lo espiritual: de aquí la necesidad de la lucha entre el papa y el emperador; ¿qué es esto sino una unidad que tiene en sí misma el germen de la division y que tiende á la dominación exclusiva de uno ú otro de los elementos que la constituyen? (1).

(1) Los doctores de la Edad Media han previsto la objecion, y dicen, como nosotros, que no puede haber dos soberanos; pero escapan al dualismo subordinando el poder secular al de la

Dirémos más adelante cuál ha sido el fin providencial de la guerra entre el sacerdocio y el imperio: era una lucha por el poder total, por la monarquía universal; por esto mismo ninguno de los dos pretendientes ha podido vencer definitivamente; porque la monarquía universal está en oposición con los designios de Dios. ¿Quién ha dado al emperador sobre la tierra el derecho que reclama? ¿Le tiene como heredero de Roma? Entonces es un derecho fundado en la conquista, en la fuerza; es la tiranía, es la muerte de la humanidad. ¿Recibe el emperador su derecho del pontificado? ¿Y quién ha dado á los papas el derecho de conferir los imperios. ¿Qué título tienen á este poder espiritual, en virtud del cual pretenden dominar el mundo? El derecho divino de los papas es una inmensa usurpacion, fundada en la supersticion y en la ignorancia. No, el papa no es el representante de Dios sobre la tierra; si lo fuera, el papado conduciría al más espantoso despotismo y á una dominación tal como los más osados conquistadores no se hubieran atrevido á soñarla; pero sigamos un instante la teoria de la Edad Media en sus últimas consecuencias.

Los papas son los vicarios de Dios, los jefes de la Iglesia; la Iglesia es universal, se extiende por el mando entero; el poder del pontificado abraza, pues, toda la tierra; este poder es ilimitado, porque descansa en una revelacion divina; la Iglesia está en posesion de una verdad absoluta, y como órgano de la verdad, el papa tiene imperio sobre las almas; el que domina las almas domina necesariamente el cuerpo; los emperadores y los reyes no son, pues, en manos de los papas otra cosa que instrumentos; la sumision debida al jefe de la sociedad universal es una obediencia sin examen, sin discusion, sin límites: «Suponed por un momento esta idea realizada, y decidme si la palabra misma libertad no habria desaparecido de las lenguas humanas, desprovista de sentido», (1).

Hé ahí las últimas consecuencias del ideal católico, tal como lo concebían en la Edad Media: es la teocracia en todo su horror; la teocracia ha teni-

Iglesia; así tambien dice en su tratado *Del poder espiritual y temporal* el obispo BERTSAND: «*Piuralitas principatum quorum unus non subest alteri, non est bona; sed inter omnes christianos potestas principalis secularis subest aliquo modo potestati jurisdictionis spiritualis*» (Bibl' thesa. max'ima Patrum, t. XXVI, p. 129).

(1) LAMENNAIS, *Del catolicismo en sus relaciones con la sociedad política* (Obras, t. VII, p. 33).

do una mision temporal en la cuna de las sociedades humanas; ha tenido un poder educador para la infancia de la humanidad; pero concebida como ideal, es una concepcion falsa y casi sacrilega, porque implica un poder ilimitado; y ¿cómo el hombre, sér imperfecto y débil, podria ejercer un poder sin limites? ¿No sería esto usurpar el lugar del Sér único, universal, infinito? ¿No sería esto destruir la organizacion del mundo, tal como ha salido de las manos del Criador? Dios ha dado la libertad al hombre, y la teocracia es el despotismo por esencia.

El Occidente no ha querido someterse jamas á un poder teocrático; en la misma Edad Media, mientras que los espíritus se alimentaban con la doctrina cristiana, y cuando la conciencia general veía en el papa al vicario de Dios, un sér sobrenatural, se ha retrocedido ante las consecuencias del derecho divino reconocido al papado; apenas se constituyó, cuando fué atacado, teniendo por enemigos el genio de las nacionalidades y la independencia de la razon.

La doctrina cristiana es poco favorable al desenvolvimiento de las nacionalidades; cosmopolita por esencia, enseña á los hombres que no tienen más patria que el cielo; el verdadero cristiano debe mirar con poco interes lo que se refiere á las cosas terrenas; su sola ambicion, el fin de su existencia en la tierra, es llegar á ser miembro de la ciudad de Dios, sin atacar directamente la constitucion de los Estados; el cristianismo la mina, por decirlo asi, desmembrando los fieles de la sociedad política; el cosmopolitismo cristiano es un disolvente para las nacionalidades; el catolicismo impone una regla absoluta, independiente de los climas y de las mil circunstancias individuales que constituyen las naciones; hiere igualmente el espíritu de las nacionalidades, de las cuales no hace ningun caso; tan cierto es eso, que la reforma religiosa del siglo XVI es tambien una revolucion política, la manumision de las naciones comprimidas por el pontificado. En la Edad Media, el sentimiento nacional no tenia bastante empuje para resistir directamente á la Iglesia; la rebelion fué instintiva; los abusos inseparables de una monarquía universal fueron los que sublevaron los pueblos contra la dominacion romana. El espíritu fiscal de la Roma pagana arruinó las provincias; la Roma cristiana heredó este funesto genio, pero los pueblos

no quisieron dejarse explotar hasta el aniquilamiento. Un rey que mereció ser canonizado tomó la iniciativa; poniendo su reino al abrigo de las exacciones romanas, San Luis declaró al mismo tiempo que no dependía más que de Dios, y este movimiento de emancipacion adquirió una fuerza irresistible al fin de la Edad Media; las naciones proclamaron una tras de otra su independencia con respecto al pontificado.

La rebelion de las naciones fué secundada por una revolucion más fundamental que se operaba en los espíritus: el papado amenazaba á la libertad de la razon más aún que á la independencia de las naciones, y lo probó declarando guerra á muerte á todas las opiniones disidentes. Las sectas fueron una reaccion del espíritu humano contra la tiranía espiritual de la Iglesia ortodoxa; el papa entrega los herejes al verdugo y llama la cristiandad á las armas para extirparlos. La sangre de los mártires de la libertad no corre en vano; los herejes mueren, pero la herejía se extiende. Los Valdenses y Albigenses dan la mano á los precursores de la Reforma; Wiclef y Hus anuncian á Lutero; la unidad católica se rompe, y el papa no es ya más que el servidor de los reyes.

La unidad, en la forma que tiene en la Edad Media, es una utopia y una falsa utopia, en tanto que la unidad cristiana es un progreso respecto de la antigüedad y un gran paso hacia la unidad futura; la antigüedad no concibe la unidad sino bajo la forma de una monarquía universal, producto de la conquista; los pueblos no están unidos, sino encadenados; su existencia individual se destruye en provecho de una ciudad dominante que acabó por concentrarse en una sola cabeza; la unidad antigua llega á su término con el despotismo del imperio que acaba con toda vida; se extinguen las provincias aniquiladas, y el mundo agonizante no tiene más salvacion que la invasion de los Bárbaros: hé ahí adónde conduce la unidad basada en la fuerza. La unidad cristiana tiene por fundamento la comunidad de creencias; el poder que aspira á la dominacion es un poder espiritual, y la Iglesia es el lazo de los pueblos que son miembros de un gran todo, no por la fuerza de las armas, sino por la fuerza de la verdad que todos reconocen; por esto los pueblos de Europa, bajo la inspiracion de la fe, se precipitan sobre el Asia como si todos ellos no formasen más que una nacion. El imperio, este

otro elemento de la unidad cristiana, pretendiendo la dominacion del mundo, no funda en la conquista sus pretensiones; el poder del emperador participa tambien de lo espiritual; es vicario de Jesucristo y lazo de union entre los Estados cristianos; es, en fin, una ley de armonía; los pueblos conservan su individualidad, su independencia bajo este jefe, simbolo de la unidad y de la paz que debe reinar en el seno de la cristiandad. La unidad cristiana es una unidad moral; por tanto, sobrevive á la disolucion del papado y del imperio; los pueblos modernos, separándose del papa y del emperador, conservan, sin embargo, un espíritu comun y continúan considerándose como un mismo cuerpo; la unidad cristiana ha llevado á las inteligencias el sentimiento y la necesidad de una unidad que domine las existencias individuales. La fraternidad de los pueblos, la idea de la armonía y de la paz, estas concepciones que dan la gloria al siglo XVIII, tienen su principio en la unidad de la Edad Media.

El cosmopolitismo filosófico procede de la fraternidad cristiana, pero es superior á la unidad de la Edad Media, porque descarta toda idea de dominacion universal y porque reconoce como emanada de Dios la existencia independiente de las naciones, asi como la libertad de los individuos; el elemento de individualidad tiene tambien su germen en esa Edad Media que los historiadores han calumniado tanto. El feudalismo descansa en la asociacion de fuerzas individuales; en la antigüedad, el individuo no era nada, el ciudadano lo era todo; bajo el régimen feudal, el individuo domina, todo se vuelve individual, local, particular; sin el

cristianismo no habría ningun principio de unidad; este predominio del individuo ha conducido á todos los excesos de la fuerza brutal, pero ha desenvuelto tambien todas las facultades del hombre y creado las bases de la independencia y de la libertad de los individuos y de los pueblos; Dios veló porque el desenvolvimiento exclusivo de aquello que hay de individual en la naturaleza humana no llegase á la disolucion y á la muerte: tal es el papel de la Iglesia. Si el genio germánico, tal como se manifiesta en el feudalismo, no hubiera tenido ningun contrapeso, Europa se habría disuelto y hubiera sucumbido en las convulsiones de la anarquía. El catolicismo es el lazo de la Edad Media; él tiene elementos que tienden sin cesar á disolverse.

Así es que la mision de la Edad Media es una mision de unidad y diversidad á la vez; está llamada á desenvolver los elementos de las futuras naciones, que las conquistas sucesivas han depositado en Europa; para llenar esta mision, la Providencia envía á los Germanos, embebidos en el espíritu de independencia y de individualismo; mas siendo tambien la unidad una necesidad de la naturaleza, esta necesidad encuentra su satisfaccion en el lazo de una creencia comun; bajo la influencia del cristianismo se forman sentimientos generales y una civilizacion general, base de una verdadera unidad. Estos son hoy los tratados que hacen de los pueblos de Europa como una gran república, aunque hayan dejado de reconocer por jefe al papa y aunque haya desaparecido el imperio con el feudalismo.